

EDITORIAL

La educación pública está nuevamente en el centro de los debates, el papel del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE) siempre ha sido cuestionado por la sociedad mexicana pero de manera más reiterada por los intelectuales y los agentes críticos (principalmente de izquierda), este fenómeno ha sido constante las últimas tres décadas y en lugar desvanecerse se fortaleció con apoyo y complicidad de los gobiernos federales en turno.

Muchos ciudadanos y algunos medios de difusión del país le atribuyen la crisis y los malos resultados al liderazgo de Elba Esther Gordillo Morales, dirigente desde 1989.

Estas dos últimas décadas de su mandato coincidieron con la evaluación de PISA y posteriormente Enlace, los resultados de los estudiantes mexicanos evidenciaron lo que ya se sabía: graves deficiencias en lectoescritura, matemáticas y ciencias.

A la escuela pública se le empezó a ver diferente e inmediatamente se buscaron culpables, la solución fue fácil: los maestros. A partir de ello se operó una estrategia (nada innovadora) para dotarles a éstos de cursos, talleres y un sinfín de situaciones totalmente desarticuladas que no lograron impactar de manera significativa en los resultados de las evaluaciones.

Es claro que la educación pública se fue a pique y en contraparte hubo un crecimiento desmesurado de escuelas privadas en educación básica con el consabido privilegio fiscal de poder deducir las cuotas de los impuestos (transparente como el agua: los ricos no mandan sus hijos a la escuela pública).

Poco a poco, el SNTE fue ganando espacios y posiciones a tal grado que el gobierno federal, de la manera más irresponsable, se desentendió de su obligación y dejó prácticamente en manos del SNTE las políticas y decisiones de la escuela pública.

En 12 años de gobierno (2000-2012), el matrimonio PAN/SNTE propuso una reforma educativa que a nadie convenció, la Alianza por la Calidad no logró fracturar esa nata de vicios y malas estrategias para mejorar la educación. Sin embargo, el SNTE se dio tiempo para formar un partido político, cuya función fue la de hacer pactos con Dios y con el diablo o con quien fuera necesario con tal de lograr espacios.

Con la llegada del nuevo gobierno coinciden dos cosas: una reforma laboral y una educativa, ambas aprobadas por diputados y senadores sin debates ni discusiones, lo que no logró el PAN en 12 años al PRI sólo le bastaron días.

Cada que llega una reforma pasa lo mismo: lo anterior no sirve de nada y lo bueno es lo que se propone, los errores son idénticos siempre. Qué pasará con ello, el librito (sino fallan los pronósticos) será así: Difundir un diagnóstico catastrófico de la escuela y los maestros; proponer un programa de actualización innovador; generar una presión, etcétera. para los cuerpos de supervisión y dirección; pactar con el SNTE; etcétera.

Por su parte, los maestros se adaptarán y aprenderán un nuevo discurso, una nueva forma de decir las cosas, una nueva relación con la autoridad, con el SNTE, con los padres, con los alumnos, que lo ideal es que impacte en los aprendizajes de los alumnos pero para decirlo claro: eso no será posible porque el problema de la escuela pública es más profundo y complejo. Se seguirá haciendo lo mismo pero diferente, o quizá diferente, pero será más de lo mismo.

Para lograr verdaderos cambios se requiere tocar las sensibilidades de todos los agentes sociales para que vean a la escuela como un centro de aprendizaje y no lo que hasta hoy ha sido: una fábrica que no propicia los procesos creativos, que desestima el desarrollo del sentido crítico y donde los niños y jóvenes que asisten diariamente no saben leer, tienen serias dificultades para hacer abstracciones y carecen de los elementos básicos para el cuidado de su salud y de su entorno.